

PENSÉ QUE LA PANDEMIA DURARÍA UNOS CUANTOS DÍAS, NO MÁS DE 40

Rafael Mariano Serrano Ventura

El 2020 empezaba y todo parecía “normal”. Si bien, los medios de información nos llenaban de noticias que en la lejana China existía un virus nuevo, no imaginábamos con que fuerza y rapidez llegaría a México ¿Cómo cambiar de la noche a la mañana nuestra forma de vivir? Cundo en nuestra idiosincrasia, el mexicano está acostumbrado a estar rodeado de gente, a parlotear, a socializar.

Sin duda, nuestra cotidianidad no se caracterizaba por andar con cubrebocas. La cercanía, el tacto, la socialización era usual antes del mes de marzo del 2020. El 18 de marzo era un fin de semana festivo para los mexicanos, disfrutábamos un viernes con amigos, conviviendo, disfrutando, bebíamos, bailábamos. Tlaxcala resultaba un rincón de olvido para el nuevo virus. Aquí no existían casos. Así que las medidas gubernamentales fueron tardías. Con el paso del tiempo, comenzaron los primeros casos.

El covid-19 estaba aquí. De pronto, recibí una notificación del grupo de la universidad, las clases se suspendieron y las clases serian en línea. Lo primero que pensé es que sería complicado, pero supuse que era por unos cuantos días, no más de cuarenta, había algo de esperanza en mi por volver a clases presenciales.

Los primeros días fueron complicados, el primer obstáculo fueron los recursos. Yo no tenía una laptop propia, habría que compartir el equipo con mi hermano, también universitario, o bien, turnar el equipo de mi madre que también lo ocupaba para su trabajo. La situación económica familiar se tornó complicada. Mi padre, que es comerciante, no tenía buenas ventas. Con un poco de ánimo, afirmábamos que era una mala racha que duraría poco tiempo.

La pandemia, si bien significó devastación, también, en mi caso, trajo cercanía. Mi hermano estudiaba en la Ciudad de México, vivía con mi abuela materna. Con la pandemia pudo regresar a Tlaxcala, pues tomaría clases en línea, eso resultó alentador, él y mi abuela no estarían lejos de nosotros. Estar en familia resultó bueno, aunque aprendimos a lidiar con distintos temperamentos.

Los cuidados y la prevención se hicieron prioritarias, aunque mis padres se exponían. Mi padre, al ser comerciante, convivía con cualquier tipo de gente, lo mismo mi madre. Socialmente pude observar que, pese a los efectos de la pandemia, había puntos de vista diferentes. Por un lado, había personas que defendían la inexistencia del virus, argumentaban que era un invento del gobierno para controlar a las personas, por otro lado, había personas que las paralizaba el miedo al contagio, normalizaban medidas extremas: desinfectaban todo lo que pasaba por sus manos.

Lo que creí iba durar poco, se alargó un semestre más. Comencé un nuevo semestre, comencé a adaptarme a una plataforma escolar, profesores nuevos, aprendizaje online, y poca interacción social, por lógica mi nueva cotidianidad era desmotivante. Hasta que un nuevo proyecto me tomó por sorpresa: un medio deportivo digital con algunos amigos de la universidad, si bien no era igual, al menos, temporalmente, apaciguo mi hastío.

El deporte siempre ha sido parte de mi vida, una pieza fundamental. Abandonar temporalmente mi rutina deportiva fue lo que más me costó asimilar. Ahora tengo la esperanza de que algún día volveremos a la calle, al trabajo, a la escuela, a la socialización, a tomar el aire libre, respirando sin miedo. No hay humano que aguante tanto en el aislamiento, el encierro, y la depresión.

Describir mi vivencia es complicada, pero quisiera darle un sentido esperanzador. Tomando una breve pausa de la catástrofe ¡Que tiempo para estar vivo!